

ARMANDO ULLOA

EL HOMBRE Y LA TIERRA

Buen campesino, labra tu campo, abre los surcos y esparrama los firmes granos con mano pródiga: las semillas que hoy riegan tus sudores fecundos, fecundas te darán mañana el pan que comas.

La tierra, a tus esfuerzos, como una buena esposa se rendirá y humilde te brindará sus frutos; tú le darás en cambio tus lágrimas gloriosas, la sangre de tus venas y el vigor de tus músculos.

Y así, cuando ya sientas temblar tus manos rudas y esté presto tu espíritu para emprender el vuelo, ella y tú habréis formado un nudo tan estrecho

que, cerrando los ojos y mirando a la altura, tú, como última ofrenda, le ofrecerás tus huesos y ella, en último pago, les dará sepultura...

CROQUIS DE MI HEREDAD

No tiene nada el campo que sea discordante. Las viñas, los cercados, el monte, los espinos, todo tiene un secreto engarce y tiene un ritmo rotundo, decisivo, único, imperturbable...

Tiene rasgos heroicos el rostro del paisaje con sus sauces, sus álamos, su horizonte y su río, en el fondo del cual tal vez duerme el espíritu que nutre su belleza, su emoción y su sangre.

La casa es una rústica casa antigua. Domina como un observatorio sobre una media falda y tiene flores y agua y tiene una avenida

por donde en los crepúsculos y las noches tranquilas sale mi corazón en busca de esperanza y una visión azul se prende a mis pupilas...

ATARDECER

Sentado sobre el lomo de esta colina, miro el paisaje que se abre igual que un corazón: el sendero, los álamos, la montaña y el río, la pradera inefable y el humilde arbol.

Un rebaño de ovejas viene por el camino lentamente, en tardía y blanca procesión. El pastor se quedó sentado bajo un pino. Las ovejas se quedan como mirando el sol...

Y el sol se esconde. Y llega el crepúsculo de oro. El paisaje se duerme en la penumbra. El río suaviza su corriente, sueña y se pone rojo...

La montaña, el sendero, se confunden. Los álamos abren sus brazos. Gime el viento. Se oyen ruidos. El cuerpo de la noche gira sobre los campos...



ARMANDO ULLOA

ARMANDO ULLOA.

Antes que Armando Ulloa detuviera el avance de su corazón, lo precedió en el tiempo, Carlos Mondaca, aquel que sentía hambre de luz y de muerte. El poeta de "Por los Caminos" alcanzó a darnos su canción anticipándose a su prerregrinaje infinito. El esperaba la hora desde su herida. Por eso al despedirse, ya conocíamos muchos de sus cantos. Nos dejó la vestidura de su alma, la colmena de su miel más pura.

Armando Ulloa ha remado en la soledad antes de cumplir 30 años y para alivio de nuestro corazón nos abandonó en las manos su obra breve pero encendida en el amor que fué en él como la cúpula del mundo. Espíritu fragante a égloga, a campo azul, con una fina aristocracia supo hallar la palabra digna para sus versos y sólo elevó la voz cuando su-
Lía en él como una tromba, el sentimiento. Era el grito del amor o la queja del presentimiento de su pronto día final.

Ulloa hizo el verso liviano, transparente con el ritmo de su juventud, atento a esa belleza que es como una cercanía de la muerte.

Es de esperar que mañana una mano amiga busque los más hermosos poemas de Armando Ulloa para que, al leerlos, en nuestro rincón se levante de su estrecho sitio de dumiente, como para decirnos que la vida no concluye; y que aquél que ha sabido cantr, sigue en su vuelo por la eternidad.

Una mano amiga, ardorosa que vaya como Ruth, alzando el trigo disperso. Eso hace falta en la noble labor poética que nos dejó Armando Ulloa.